

STRATHERN, Paul: *Nietzsche en 90 minutos*, trad. cast. José A. Padilla Villate, Siglo XXI, Madrid, 2014, 87p.

Se reedita una colección de los años 90, y probablemente, pasados más de diez años, esta reedición tenga más éxito de ventas que la primera tirada. Hay libros, publicaciones y éxitos que son síntomas sociales. *Nietzsche en 90 minutos*: suena bien y suena mal, es decir, suena bien como anuncio y suena mal porque suena a hueco, es decir, a estrategia mercadotécnica. Al mismo tiempo que me pregunto cómo leer una introducción a un filósofo que conozco, y para qué sirven los libros de divulgación (palabra que hace temblar con las peores sospechas), leo en la cubierta trasera esta información sobre la serie escrita por Paul Strathern: “De lectura amena y accesible, permiten a cualquier lector interesado adentrarse tanto en el pensamiento y los descubrimientos de cada figura analizada como en su influencia posterior en el curso de la historia”. El libro promete mucho. Le echo un vistazo al índice: Introducción, Vida y obra de Nietzsche, Epílogo, Conceptos filosóficos clave en Nietzsche, De los escritos de Nietzsche, Cronología de fechas filosóficas importantes, Cronología de la vida de Nietzsche, Cronología de la época de Nietzsche, Lecturas recomendadas. De las 86 páginas (de letra grande y liberalidad de espacios), la mitad la ocupa la sección “Vida y obra de Nietzsche”; el resto son apéndices. Como no termino de hacerme una idea, sigo leyendo la cubierta trasera: “Su concepto más importante es el de la «voluntad de poder», en que vio el impulso básico de todas nuestras acciones; en el cristianismo vio, por el contrario, una sutil perversión de este concepto; de ahí su famoso pronunciamiento «Dios ha muerto»”. Ahora me preocupo: no termino de ver la lógica y de entender ese “de ahí”. Busco información sobre el autor: “Paul Strathern, escritor y académico, es uno de los más conocidos divulgadores del panorama editorial internacional. Autor tanto de novelas, biografías y libros de viajes, como de ensayos de divulgación, ha enseñado, como profesor universitario, matemáticas, filosofía y poesía moderna italiana” (p. 87). Como estoy cada vez más perplejo debido a la acumulación de clichés retóricos y la sucesión surrealista de datos, no sé si reír o llorar, así que decido seguir temblando, por si acaso.

Lo cierto es que en casa tengo el pequeño volumen de Michael Tanner, *Nietzsche* (Oxford: OUP, 2000), perteneciente a la colección de la OUP “A Very Short Introduction”, un libro que en su momento realmente me

---

Recibido: 12/04/2014. Aceptado: 14/07/2014.

pareció una introducción sin caer en la divulgación. Pero el pobre Michael Tanner solo es, leo en la solapa, “Fellow of Corpus Christi College, Cambridge and a University Lecturer in Philosophy. He is autor of *Wagner* (Fontana, 1995)”. Poca cosa en unos tiempos en los que gustan los currículos que corren paralelos al infinito, como si demostrasen o fundamentasen o garantizasen la calidad de algo. La colección de la OUP siempre me pareció ejemplar: cada volumen escrito por un especialista (me gustaría destacar el *Hegel* de Peter Singer, el *Heidegger* de Michael Inwood y, sobre todo, el *Kafka* de Ritchie Robertson) en 110 páginas de minúscula y apretada letra que, desde luego, no se leen en 90 minutos. Con este libro a mano, leo el de Strathern, y cuando lo termino (en bastante menos de hora y media) me pregunto por qué han traducido al español y por qué han publicado este libro y esta colección, y por qué no han elegido al menos las obras dedicadas a filosofía de “A Very Short Introduction”. También me pregunto si es necesario traducir libros como este, si no sería posible encargar a los no pocos buenos profesores de filosofía de este país algo parecido. Y, por supuesto, me pongo nostálgico y recuerdo, como en un sueño, “Historia de la filosofía”, la paradigmática colección de los años ochenta de la editorial Cincel. ¿La habrán traducido al inglés?

Seamos serios: ¿por qué se ha traducido y publicado este libro? Un libro en el que el estilo es mero efectismo, en el que la información es inútil para hacerse una idea de nada, en el que las opiniones son ridículas, en el que el conocimiento es nulo, en el que se conjetura sin fundamento y en el que se comete el horrible vicio de hacer psicología barata para interpretar la vida y la obra de Nietzsche. ¿Es esto divulgar? ¿Para qué sirve una obra de divulgación: para confundir? Pero leamos al menos cinco minutos.

Estamos ante un libro en el que se lee lo siguiente: “Nietzsche terminó enloqueciendo, lo que se muestra en el tono de sus escritos tardíos, pero sus peligrosas ideas aparecieron mucho antes [...] presagiaban una locura colectiva que tendría horribles consecuencias en Europa” (p. 9). Esto no tiene sentido. Más sentido tiene lo siguiente, eso sí: “Aunque Nietzsche no está enteramente libre de culpa de las peligrosas estupideces que se han escupido en su nombre, debe decirse que, en su mayor parte, son una parodia de lo que escribió realmente [...] como sí lo hicieron algunos filósofos alemanes que pretendían ser sus sucesores” (p. 11). Típica puñalada anglosajona a Heidegger (en la “Cronología de fechas filosóficas importantes” esto es todo lo que tiene que decir en 1927: “Heidegger publica *Sein und Zeit* (*Ser y tiempo*), anunciando la brecha entre las filosofías analítica y continental”, p. 79) y aviso para navegantes, pues, en efecto, como tan bien muestra

Strathern, se han escupido peligrosas estupideces al hablar sobre Nietzsche, y aquí van unos ejemplos más: “Las ideas más ambiciosamente filosóficas de Nietzsche apenas merecen este nombre [...] Su uso de la voluntad de poder como una explicación universal es, o simplista o sin sentido [...] Como toda buena teoría de una conspiración [...] contiene su parte usual de paranoia [...] El filosofar real de Nietzsche es brillante, persuasivo e incisivo como ninguno antes o después de él” (p. 10). Aunque parezca increíble, Strathern dedica su tiempo a escribir un libro sobre un filósofo al que no considera un filósofo. Además de ningunear la voluntad de poder, deja por los suelos el eterno retorno (“Esto es esencialmente una fábula metafísica y moral, pero Nietzsche insiste en usarla como si creyera en ella [...] Como idea poética secundaria, tiene alguna fuerza; como idea filosófica o moral, es en esencia superficial y no resiste el mínimo análisis”, p. 57), y por el subsuelo al *Übermensch*, como no podía ser menos cuando el divulgador lo confunde con Zarathustra: “Habría sido mejor si el héroe de Nietzsche hubiera adoptado algunos valores de este personaje; al menos, Clark Kent tiene una moral ingenua que intenta imponer en un mundo áspero [...] El prototipo del Superhombre de Nietzsche fue su Zarathustra, un personaje intratablemente serio y aburrido, cuya conducta mostraba síntomas peligrosamente psicóticos [...] Las parábolas que Cristo predicó en el Sermón de la montaña parecen puerilmente simples pero, si se reflexiona no son ni infantiles ni sencillas; son profundas. La parábola de Zarathustra es puerilmente simple y sigue así si se reflexiona” (p. 59); “El superhombre Zarathustra canta himnos a los gozos del ardor solitario [...] esta inconscientemente jocosa pieza de exposición de sí mismo fue escrita para una audiencia prefreudiana” (pp. 70-1). De *Así habló Zarathustra* afirma: “Como Dostoievski y Hesse, es ilegible salvo por los adolescentes [...] La filosofía en cuanto tal es prácticamente inexistente, pero las exhortaciones a filosofar –pensar por uno mismo– son poderosas” (p. 36). Aunque he de confesar que este comentario me reconforta una barbaridad, porque me hace sentir la mar de adolescente. Y de obras como *Aurora*, *Humano, demasiado humano* o *La gaya ciencia* juzga lo siguiente: “Su estilo es claro y aforístico y sus ideas rara vez carecen de sentido” (p. 40)...

A Paul Strathern le gusta jugar a psicólogo y parece que le pierde el psicoanálisis. De ahí que no se comprenda bien que escriba “Pero esos comentaristas pasan por alto que Nietzsche se conocía a sí mismo bastante bien (aunque con intermitencias, y a menudo un poco selectivamente)”, p. 33, y que no recoja, como si lo hace Michael Tanner, las palabras de Freud: “[Nietzsche] had a more penetrating knowledge of himself than any other

man who ever lived or was likely to live” (Tanner: 2000, 81). Aunque tal vez omitió la cita porque aquí Freud no le daba la razón. Strathern nos ilumina sobre la vida de Nietzsche al decirnos que debido a haberse criado de niño, en Naumburg, entre mujeres, esto “parece haber afectado a la actitud posterior de Nietzsche respecto de las mujeres” (p. 13). Por supuesto, no falta lo de la visita al burdel de Colonia: “De resultas de este incidente, parece ser que Nietzsche se abstuvo de la actividad sexual con mujeres, a pesar de lo cual no dejó de hacer comentarios embarazosamente reveladores sobre ellas en su filosofía” (p. 16). Y está, por supuesto, el asunto de Lou Salomé, de quien dice, muy a la moda y sin pensar, que “se convertiría en una de las mujeres más notables de su tiempo [...] ejercería una profunda influencia en otros dos personajes de su tiempo” (pp. 38-9). Por supuesto, no faltan Wagner, Cosima y Burckhardt a la cita con el psicólogo freudiano: “Nietzsche sentía la necesidad desesperada –en gran medida inconsciente– de una figura paterna” (p. 20); “Wagner era quizá como un padre, pero Nietzsche se descubrió un prurito edípico por Cosima; sin atreverse a declararlo (ni siquiera a sí mismo), se enamoró de ella” (p. 23); “Quizás habría podido Burckhardt ejercer una influencia estabilizadora en Nietzsche, pero su reserva patricia lo impidió” (p. 21). Se ve que Nietzsche era incapaz para la amistad, pues su obsesión consigo mismo le impedía entrar en el toma y daca de una verdadera amistad” (p. 33). Sobre la locura de Nietzsche, lo sabe todo: “Fue causado por el exceso de trabajo, la soledad y los sufrimientos, pero la causa primordial fue la sífilis” (p. 43). Y, por supuesto, hay que atizar, sin matices, a la hermana: “esta era la última persona a quien confiar su cuidado” (p. 44).

Tras leer este libro y meditar algo más de 90 minutos, llego a la conclusión de que no sé qué es divulgar ni para qué sirven los libros de divulgación, si este *Nietzsche en 90 minutos* es divulgación y no, simplemente, un producto comercial para el consumo de no interesados en la filosofía. Lo que sí me queda claro es que Paul Strathern es un humorista, porque solo así se entiende que incluya frases como estas en sus cronologías: “Platón funda en Atenas la Academia, la primera universidad” (p. 75); “Nietzsche, que había declarado «Dios ha muerto», sucumbe a la locura en Turín” (p. 79); “1896 Furia del oro de Klondike” (p. 84). Un humorista con la gracia suficiente para escribir “La suya era una filosofía diferente, tenía estilo además de lucidez; por fin una filosofía que se podía leer y que además, al estar escrita en forma de aforismos, uno tenía tiempo para leerla (o trozos de ella). Y ese fue precisamente el problema” (p. 50). En efecto, ese fue y ese sigue siendo precisamente el problema. Y por eso Nietzsche, “with

his all-too-protean temperament” (Tanner: 2000, 65) sigue y seguirá en peligro.

Si bien el traductor hace un esfuerzo por recomendarnos alguna lectura además de las que nos sugiere Strathern, y pensando en los que no tienen tiempo y en los amigos del picoteo, pero del picoteo con cierta sustancia, quizá no venga mal añadir a esa lista *El pensamiento de Nietzsche*, de Luis Jiménez Moreno (Cincel, 1986), *Friedrich Nietzsche, una biografía*, de Miguel Morey (Círculo de Lectores, 1994), o *Nietzsche, de filólogo a anticristo*, de José María Valverde (Planeta, 1994).

Roberto Vivero Rodríguez